

brios, en vuestros errantes carros, en vuestras fluctuantes canoas, reducidos á alimentarse de yerbas silvestres, de raíces amargas, á vestirse de ojas de árboles, ó de los despojos de las fieras, á correr de día de caberna en caberna, á alojarse en la noche en los huecos de las rocas: ¿decid si vuestros Misioneros hallaron jamás, ni hallan aun hoy entre vosotros, mas bienes que la salvación de las almas, otros frutos que la palma del martirio? ¿Decid si son la morada de la riqueza y comodidad, esas Regiones, á las cuales ha negado todo la naturaleza, y nada ha concedido el arte? ¿Decid si los Misioneros, que os han predicado la humanidad y el cristianismo, el desprecio de las riquezas y de los placeres, aun mas con su ejemplo que con sus palabras, son hombres interesados, que solo solicitan países ricos, ú hombres sensuales que no buscan sino países cómodos? ¡Ah! ¡cuántas veces aun desdeñando de oír sus lecciones, aun arrancándoles la vida, os habeis visto forzados á reconocer su desinterés, á admirar su caridad, á publicar su heroísmo! (\*)

Acusan á los Misioneros de la Compañía de haber hecho de la propagación del Evangelio, la de su comercio. ¡El P. Lavalette! he aquí, se exclama, uno de

(\*) Esto mismo podemos asegurar de nuestros Chichimecas, Tepehuanes, Chicoratos, Californios, habitantes del Nayarit, de Sonora y Sinaloa, y otras muchas tribus bárbaras, que cultivaron los Jesuitas mexicanos, regándolas con su sangre mas de veinte y dos, y con sus sudores centenares de estos apostólicos Misioneros. ¡México! débante un recuerdo los gloriosos trabajos de una Compañía, que te fué tan útil y extendió tanto tus límites.—T.

estos Misioneros comerciantes, que llevaban el Cristianismo al nuevo mundo para invadir sus tesoros; que no piensan tanto en cultivar y extender la viña del Señor, como en ensanchar sus posesiones y fertilizar sus tierras; que despojan á los que catequizan; que sucesivamente bautizan en el templo y calculan en el escritorio; que compran negros en vez de convertirlos; que si con una mano levantan las Iglesias, con la otra cargan navios. Estamos muy agenos de querer justificar al P. Lavalette. Es verdad que la distancia de los lugares, y un interés mas urgente, no ha permitido hasta ahora penetrar las tinieblas en que está envuelto este negocio lamentable. Ignoramos si la conducta del P. Lavalette merece el nombre de comercio; si se debe imputarle una quiebra fraudulenta; y si el deseo de destruir á la Compañía, unido á la esperanza de la impunidad, no ha aumentado excesivamente las deudas de este demasiado famoso Misionero: todo lo que puede decirse de cierto és, que pretendiendo aumentar las rentas de la Casa de San Pedro, ha arruinado el P. Lavalette la Mision de la Martinica y las Casas de los Jesuitas de Francia; que ha engañado á sus Superiores, ó engañádose á sí mismo; y que cuanto mas ha poseído el espíritu de comercio, tanto mas se ha separado del de la Iglesia, del de sus Hermanos y del de su Instituto. Un solo bien ha hecho el P. Lavalette, el que no es fácil imaginar, y ha sido, justificar á todos los demás Misioneros Jesuitas de la acusación de comercio con

que hace algun tiempo se les reconviene. Sí, muchos años ha que el odio asecha, observa la política y la calumnia ladra, á estos Misioneros de que están poblados ambos mundos; en todas partes están expuestos á las miradas penetrantes de sus enemigos: llega el momento en que el Padre Lavalette atraiga los ojos de todos: al punto resuena toda la Europa con su nombre. El del intrépido navegante que descubrió la América, y el del héroe sanguinario que la conquistó, no fueron divulgados con mayor rapidéz. A lo menos la pérdida de la isla que fué el teatro de las intrigas del P. Lavalette, no ha hecho tanto ruido en Francia, como las negociaciones de que se le acusa. Cien mil libelos las han publicado, cien mil las han exagerado. No hay fenómeno, que haya causado tanto estruendo, ni hazaña que haya tenido tanta celebridad. ¿Qué se infiere de aquí? Que pues hay tanta constancia en espiar, tanta habilidad en descubrir, tanto ardor en dar á conocer á los Misioneros Jesuitas, que á pesar de su Instituto son comerciantes, el P. Lavalette es el único que ha parecido serlo, por lo mismo que es el único que se ha hecho conocer por tal (\*).

(\*) En contraposición al singular caso del P. Lavalette, vaya uno de edificación sucedido en nuestra América. „En una de las playas de la California, agitado el mar de remolinos convulsivos, arrojó á la rivera, en multitud innumerable de ostras, un riquísimo tesoro de margaritas: dieron los Indios noticia á su Doctrinero, el P. Sebastian de Sistiaga, del precioso despojo de las aguas, que hacían felices sus arenas, y acordándose el Padre de la severa prohi-

Se acusa á los Misioneros de la Compañía haber extendido el Fanatismo con la Fé. ¿Será acaso, porque han excitado en alguna de las Regiones que han corrido, alguna guerra de Religion? No. ¿Porque han erigido en alguna parte aquel Tribunal, tan aborrecido en unas Naciones, y tan acreditado en otras muchas? Tampoco. ¿Cómo, pues, han inspirado el fanatismo? Inspirando, se nos dice, á muchos Japones valor para preferir la muerte á la apostasía (\*). Los Apóstoles que inspiraron este valor á los primeros Cristianos, ¿les inspiraron también el fanatismo? Mas si los Lorenzos y Estevan, las Ineses y los Mauricios, fueron fanáticos, fué permitido á los Japones el serlo; y si un San Pedro y San Pablo, un San Andrés y Santo Tomás, inspiraron el fanatismo, era lícito á los Jesuitas el inspirarlo. Admírese á este inventor de una nueva educacion, que no es sino una novedad extravagante, y de una nueva acusacion, que es solo una nueva calumnia. El celebra á Caton, que se quitó la vida por amor de la independencía, y condena á los Mártires, que se dejaron matar por amor de la Religion: ¿qué es, pues, la independencía á sus ojos? ¿y qué es en su juicio la Religion?

Se acusa á los Misioneros de la Compañía, de ha-

bición, que tienen los Nuestros, de no pescar, ni buscar perla alguna de los placeres, no quiso, ni aun que los mismos Indios se apoderasen de concha alguna... Enriquecieron despues los Pescadores de perlas, que noticiosos saciaron su codicia á manos llenas de aquel mismo aljofar, que gustosamente habia abandonado el P. Misionero....”  
Vida del V. P. Juan Antonio de Oviedo.— T.

(\*) J. J. Rousseau. Emilio, ó de la educacion, tom. III.

ber adoptado el aparato de la Supersticion, y tolerado los delirios de la Idolatría. Para probarlo, se recurre á las ceremonias Chinas y á los ritos Malabares. Calumnias añejas, que la fuerza de la evidencia y la autenticidad de los testimonios, han hecho desvanecer, y que el fuego de la envidia y la grosería de la impostura, han sabido reproducir (\*). No entraremos aquí en su exámen, porque pertenece á la doctrina de los Jesuitas, y tendrá su lugar en la respuesta á los *Extractos de las Aserciones*. Allí esperamos demostrar con la mayor claridad, que de todos los Misioneros, los de la Compañía han sido los mas moderados en defender sus opiniones, y los mas prontos en sujetarse á las decisiones de la Iglesia (†).

(\*) Libro del Capuchino apóstata Norbert.

(†) Oigamos sobre esta materia el testimonio del filósofo Marqués de Argeus, en sus cartas Judias. "Las personas desinteresadas entre los enemigos de los Jesuitas hacen justicia á estos, y confiesan que ellos en las Indias y otras partes, han tenido Religiosos de gran probidad, como lo dice un autor nazareno reformado (*calvinista*), gran enemigo de los Jesuitas, y consiguientemente poco sospechoso en este asunto. *El cristianismo de la China*, dice, *es el que mejor se ha establecido en los paises en que hay Misioneros Jesuitas. En esta Mision han florecido los Jesuitas, Ricci, Martini, Schall, Verbiest y otros muchos. Sin injusticia no se pueden negar á estas personas las alabanzas debidas. No entro en las disputas que ellos y otros misioneros aun agitan;... mas, ¿la conducta de sus adversarios está libre de toda pasion y animosidad? ¿No se complacen ellos en mortificar á los Jesuitas, despues de haberlos insultado?* Este pasage prueba evidentemente la causa de los improprios, que tantos nazarenos papistas y reformados, hacen á los Jesuitas; el rencor que ellos tienen contra los Jesuitas europeos se extiende hasta á los Jesuitas, que en las Indias anuncian la existencia de una Divinidad.... Te confesaré, mi amado Isaac, que algunas veces he reflexionado que á

Se acusa á los Misioneros de la Compañía, de haber sembrado las semillas de la rebelion, sembrando la del Evangelio. ¿Fué esto acaso en el Paraguay? ¿Sucedió en el Marañon? Pero la conducta de España con los Jesuitas y la de éstos con Portugal, son dos respuestas sin réplica, que muestran á los ojos del Universo la falsedad y temeridad de esta acusacion. El Monarca Español, conservando á los Jesuitas en las Misiones del Paraguay, ha hecho el elogio mas bello de su fidelidad; y los Jesuitas dejando al Marañon, donde se suponian tan poderosos, al primer orden del Portugués, han hecho la mas bella apología de su obediencia. Si hay alguno á quien no satisfagan esta apología y este elogio, no lo satisfará la misma evidencia.

Finalmente, se acusa á los Misioneros Jesuitas, de haber procurado establecer su imperio mucho mas que el del Cristianismo. Cúlpanlos de haber llevado á la China tanto talento para las artes, como zelo de la Fé. ¿Por qué, se dice, ha visto la Corte de Pekin Mandarinés Jesuitas, y no ha visto Mandarinés Dominicos, Mandarinés Capuchinos, Mandarinés Recoletos, etc.? ¿Por qué? Porque los Dominicos, los

los Jesuitas se atribuyen muchas cosas; pocas suceden que no se les eche en cara... un Jesuita llamado Angelino Gazeo ha hecho unos versos latinos sobre este asunto, que hacen ridículos á todos los que atribuyen todos los males á su Compañía. He aquí los versos.

*Pomum marito Jesuitis credulo  
Porrexit Eva Jesuitis credula:  
Fratrem Cainus Jesuitis credulus  
Occidit Abel Jesuitis credulum.*—T.

Capuchinos, los Recoletos, etc. no han enviado á la China, ni Ricciis, ni Grimaldis, ni Schalls, ni Verbiest, ni Gerbillones, ni Broissias, ni Parennines, ni de Entrecolles, ni Roegleres, ni Incarvilles, ni tantos otros, que eran á un mismo tiempo Misioneros elocuentes, sábios Geómetras é ingeniosos Artistas. La diferencia de los talentos ha producido la de distinciones. ¿Son acaso delitos los talentos? ¿Pues por qué se tachan de honores usurpados, los concedidos á una superioridad reconocida? Mas no se culpa tanto á los Misioneros Jesuitas, del crédito que han logrado en la China, como del gobierno que han establecido en el Paraguay. Todo lo que podriamos decir de este establecimiento pareceria sospechoso; citaremos, pues, testimonios, que ciertamente no lo son; alegaremos lo que dicen un Político célebre, un Filósofo observador ingenioso, un Poeta nacido para hermoear á la naturaleza, y un Historiador instruido, juicioso é integro.

"El Paraguay, dice M. de Montesquien, puede darnos un ejemplo de estas Instituciones singulares, hechas para formar los Pueblos á la virtud. Se ha querido hacer de ellas un crimen á la Compañia; pero es gloria suya haber sido la primera, que ha mostrado en estas regiones la idea de la Religion junta á la de la humanidad; pues reparando las devastaciones de los Españoles, empezó á curar una de las mayores heridas que ha recibido el género humano. Un sentimiento exquisito para todo lo que se juzga ho-

„ner, y su zelo de la Religion la ha hecho emprehen-  
„der grandes cosas, y se ha salido con ellas (\*)."

"Las Misiones, dice M. de Buffon, han formado  
„mas hombres en las Naciones bárbaras, que las armas  
„victoriosas de los Principes que las han subyugado.  
„El Paraguay no ha sido conquistado de otro modo;  
„la mansedumbre, el buen ejemplo, la caridad y el  
„ejercicio de la virtud practicada constantemente por  
„los Misioneros, han afectado los Salvages, y vencido  
„su desconfianza y ferocidad. Ellos mismos han ve-  
„nido espontaneamente á pedir el conocimiento de la  
„Ley, que hacia á los hombres tan perfectos, se han  
„sujetado á ella y unido en sociedad. No hay cosa,  
„que honre mas á la Religion, que haber civilizado  
„estas Naciones, y echado los cimientos de un Impe-  
„rio sin otras armas, que las de la virtud (†)."

"Los enemigos de la Compañia, dice M. Haller,  
„deprimen sus mejores Instituciones. Acúsaula de  
„una ambicion desmesurada, viéndola formar una es-  
„pecie de Imperio en climas remotos; ¿pero qué pro-  
„yecto hay mas bello y ventajoso á la humanidad,  
„que juntar Pueblos dispersos en el horror de los bos-  
„ques, sacarlos del estado mísero de Salvages, impe-  
„dir sus guerras crueles y destructivas, alumbrarlos  
„con la luz de la verdadera Religion; reunirlos en una  
„sociedad, que representa el siglo de oro por la igual-  
„dad de las personas, y la comunion de los bienes?"

(\*) Del espíritu de las leyes, cap. 6. pág. 40. 41.

(†) Historia natural: discurso sobre las variedades de la especie humana. Tom. III. en 4.ª pág. 306. 307.

„¿No es esto erigirse en Legislador para la felicidad  
„de los hombres? Una ambicion que produce tantos  
„bienes, es una pasion loable. Ninguna virtud lle-  
„ga á la pureza que se quisiera; y no la desfiguran  
„las pasiones, si sirven ellas de medio para conseguir  
„la pública felicidad (\*).”

„No temo avanzar, dice M. Muratori, que la Iglesia  
„Católica no tiene Misiones mas floridas, que las que  
„están bajo la conducta de los Padres Jesuitas en el  
„Paraguay. Triunfa la cruz en aquellos Países, antes  
„tan bárbaros y hoy tan civilizados. Un grande nú-  
„mero de poblaciones adoran al verdadero Dios, y lo-  
„gran la suerte mas envidiable; ellas disfrutan la ma-  
„yor felicidad que puede gozarse en la tierra, la in-  
„cendencia y la paz (†).”

Compárense estos testimonios con ese monton de  
rústicos absurdos, que no teme publicar el furor, y  
no se avergüenza de oír la necedad; y falle en nues-  
tra causa quien no sea del partido de ésta, ni se ha-  
lle bajo la jurisdiccion de aquel.

Todo lo que hay, pues, de cierto en las acusacio-  
nes intentadas contra los Misioneros Jesuitas, se re-  
duce al comercio del P. Lavalette. Nuestros enemi-  
gos nos opondrán eternamente este Jesuita; mas á es-  
te Jesuita opondremos nosotros perpetuamente mas de  
ochocientos, que mas dóciles que él á su Instituto,

(\*) Tratado sobre varios asuntos interesantes de Política y  
Moral §. 3. pág. 120.

(†) Relacion de las Misiones del Paraguay, traducida del  
Italiano, impresa en París, en casa de Bordelet.

han sido martirizados por la Fé en el espacio de un  
siglo; y mas de otros ocho mil, que aunque no halla-  
ron el martirio en las Misiones, no han buscado otro  
comercio que el de las virtudes, otro imperio que el  
de la Fé, otra conquista que la de las almas, otra glo-  
ria que la de la Religion, otro interés que el de  
Dios. Preguntaremos á esa multitud de Pueblos, que  
los ha visto sacrificados á todos los trabajos y negados  
á todos los gustos, emprehenderlo todo y sufrirlo to-  
do, para llevarlos al templo de la Religion bajo las  
banderas de Jesucristo. Seguiremos las huellas, aún  
humeantes de sus sudores y sangre, para correr con  
ellos esas rocas escarpadas, que trepaban sin dificul-  
tad, cuando era necesario plantar allí la Cruz; esas  
campañas áridas, harto fecundas á sus ojos, cuando em-  
pezaban á brotar el Cristianismo; esas tropas de Sal-  
vages, que humanaban, catequizaban, cultivaban y  
formaban á un tiempo á la Razon, al Evangelio y á  
la Sociedad. Invocaremos los manes felices de un Bre-  
neuf, un Lallemand, un Bobola, un Jogles, un Almei-  
da, un Anchieta, un Azevedo, un Claver, un Brito,  
un Mastrilli, un Aquaviva, un Castro, un de Nobili-  
bus, un Sicard, un Espínola, un Canillac (\*). Ire-  
mos á los Templos, y allí pondremos por testigos los  
Altares, que ha erigido la Iglesia á un Goto, á un  
Kisai, á un Miki. ¡XAVIER! No haremos mas

(\*) Y en nuestra América un Salvatierra, un Ugarte, un  
Velasco, un Tápia, etc. etc. Véase la Historia de la Pro-  
vincia de México escrita por el sábio P. Alegre.—T.

que nombrarte, y tu nombre solo será la Apología inmortal, si no de todos los Misioneros de la Compañía, á lo menos del Instituto, que quiere producirlos tan perfectos como tú.

El interés de Dios; es decir, su gloria, tal es el primer fin que se propone este Instituto. ¿Puede proponerse otro mas conforme al destino del hombre? Las virtudes evangélicas; esto es, el sacrificio de las riquezas, la fuga de los deleites, el homenaje de la libertad, la mortificacion de los sentidos, la renuncia de las honras, el zelo de la propagacion de la Fé, son los medios que emplea, para conseguir este fin sublime. ¿Puede emplear otros mas análogos á la perfeccion del Cristiano? Debe, pues, confesarse, que el Instituto es conforme á la Religion, y que ésta debe consagrarlo. Mas tambien se confesará, que él es conforme á la Política, y que ésta debe conservarlo, luego que se haya examinado con nosotros hasta qué punto se propone el interés público, y los medios de que se sirve para contribuir á él.

### CAPITULO XIII.

Hasta qué grado procura el Instituto el interés público, y de qué medios se vale para contribuir á él.

UN Orden religioso no es como lo pretende el Autor del Informe al Parlamento de Rennes, una Comunidad eclesiástica, ligada al Estado por Reglas y Cons-

tituciones (\*); sino una Comunidad de hombres ligados á Dios por los Votos de Religion, á sus Superiores por Constituciones y Reglas, á la Iglesia por la unidad de creencia, y al Estado por la sumision á las leyes, que rigen toda la masa de los Ciudadanos.

Cuando un Orden religioso está sujeto á las leyes del Estado, éste lo debe tolerar, porque debe la tolerancia á todo lo que no daña al interes público. Cuando un Orden religioso, obediente á las leyes, contribuye tambien á las necesidades del Estado, este debe protegerlo, porque debe la proteccion á todo lo que lejos de poner obstáculos concurre al interes público.

Consúltense los Políticos mas profundos, los Legisladores mas hábiles: todos responderán unánimes, que dos cosas sirven entre otras á hacer florecientes y durables los Estados; es á saber, la conservacion de las Costumbres, y la educacion de la Juventud. Sobre la base sagrada de aquellas estriban la disciplina, la equidad, la decencia, el honor, la subordinacion, el patriotismo; en suma, todo el edificio de la felicidad de los Pueblos: y á lo selecto de esta, se reserva el mantener, reparar y perpetuar esa grande obra. La educacion brillante de la juventud, es la que ha de llenar en la Sociedad civil los vacios sucesivos, que no cesa de hacer la mano del tiempo; la que debe continuar las labores que se interrumpen, reanimar las virtudes que desfallecen y resuci-

(\*) Primer Informe, pág. 28.